

San Bernardo eran por él cumplidos sin obstáculo. Nada más vacío, por otra parte, que este reinado de cuarenta y un años (1102-1143) en que la historia no encuentra en cuanto á acontecimientos políticos sino una breve aparición del ejército borgoñés bajo la bandera de Luis *el Gordo* guerreando con Normandía (1110) y una tentativa de lucha contra pequeños feudatarios insolentes, los castellanos de Grancey. Mientras tanto el señor de Dijón comienza á tomar en serio su papel de justiciero; celebra con regularidad su audiencia y se esfuerza por arreglar las diferencias cotidianas que surgen entre los barones y los abades. Parece también que intentó poner un poco de orden en su dominio; enérgicas medidas alcanzaron á sus propios oficiales, culpables de violencias y exacciones. Aquí el gobierno señorial, poco favorecido por las circunstancias exteriores, entorpecido por un feudalismo intratable y por el poder de la Iglesia ante el cual todo cede en Borgoña, participando de la pobreza de sus jefes y sobre todo de su insignificancia, continuó por mucho tiempo aún en estado de embrión. No se consolidará verdaderamente hasta el siglo XIV bajo la mano del hijo del rey de Francia Juan *el Bueno*.

Aunque la historia de la casa señorial de Blois-Champaña es más conocida, no se ve que sus jefes emprendieran en los comienzos del siglo XII la obra de reorganización política que se realizaba entonces en Normandía, en Flandes y en Anjou. Reinaba un miembro de esta familia en Blois y en Chartres y otro en Troyes, pero ni el uno ni el otro parece que hicieran esfuerzos vigorosos para fundar un gobierno.

Hugo I, conde de Champaña (1093-1125), realizó el prodigio de mantenerse toda su vida en paz con sus vasallos y sus vecinos, ó al menos, si mantuvo luchas, los cronistas no nos lo revelan (1). No se le ve en la cruzada; confinado detrás de las murallas circulares de su castillo de Troyes, no sale de allí sino para visitar piadosamente todos los santuarios célebres de la Champaña y de la Borgoña. No hay soberano más devoto, á juzgar por el número de sus donativos y de sus fundaciones religiosas. La historia no se ocupa apenas de él sino para dar cuenta de sus dos matrimonios, los dos desgraciados. Casó primeramente con Constanza, hija de Felipe I y hermana de Luis *el Gordo*; pero en 1106, después de diez años de matrimonio, solicitó ella recobrar su libertad. El clero real descubrió que eran parientes en grado prohibido, y la hija del rey de Francia corrió á Chartres á casarse con uno de los héroes de la cruzada, Bohemundo de Antioquía, venido á Occidente para recoger dinero y soldados. No se sabe que el conde de Champaña protestase. Tuvo hasta el buen gusto de estar ausente en el momento de la ruptura, é hizo entonces una primera peregrinación á Jerusalén. De vuelta en su feudo, volvió Hugo á casarse con una mujer jovencita, Isabel, hija de un conde de Macón, y casi en seguida la tomó odio y la abandonó hasta el punto de que el hecho produjo escándalo. Ivo de Chartres le amonestó severamente. Hugo, resuelto á romper, partió para un segundo viaje á Tierra Santa (1114); este

(1) En 1111 se unieron sus soldados á los del conde de Blois, Thibaut IV, para luchar contra Luis *el Gordo*; pero este hecho es excepcional y Hugo se conservó amigo y consejero del rey de Francia durante la mayor parte de su existencia.

modo de proceder le servía para librarse de las situaciones embarazosas. En 1125 se decidió á hacerse templario y se puso en camino para una tercera peregrinación, de la que no volvió más. ¡Singular personaje! Su muerte permitió al conde de Blois, Thibaut IV, reunir bajo su mano durante veinte años todos los dominios de la casa.

Nieto éste de Guillermo *el Conquistador* por su madre Adela de Blois, estrechamente mezclado en los negocios de Inglaterra y de Francia, protector decidido de la reforma eclesiástica, bienhechor de los monjes, se hizo célebre por sus liberalidades á la Iglesia, y sobre todo, por el implacable odio que había jurado á los Capetos. Estaba en su papel de príncipe feudal, y podría decirse, tan persistente fué su hostilidad, que presintió los peligros en que el desarrollo del poder monárquico debía poner á las baronías del reino. Durante veinticuatro años (1111-1135) hizo á Luis *el Gordo* una guerra constante, formando contra él coaliciones, sosteniendo los bandidos que él combatía y los funcionarios reales sublevados, y secundando y excitando á su tío, el rey de Inglaterra Enrique I. Sus mismos contemporáneos se admiraron de su actitud: «Thibaut, el conde palatino, dice la crónica de Morigni, el segundo personaje de la nación después del rey, engreído por sus riquezas y su ilustre origen, ha heredado de sus antecesores la hostilidad contra la Francia. Muy joven todavía, se obcecó en perseguir al rey Luis con su enemistad, y el reino, gracias á las guerras de que es autor, no ha cesado jamás de estar en lucha.»

Viendo, sin embargo, en 1111 que no podía vengarse por sí mismo de los estragos cometidos en su tierra por Hugo del Puiset, fué con su madre Adela á implorar los auxilios del rey, y sus súplicas, unidas á las de los obispos, motivaron la primera expedición de Luis *el Gordo* contra el Puiset. Desembarazado por algún tiempo de una peligrosa vecindad, Thibaut aprovechó este respiro para construir sobre el confin del dominio real una fortaleza destinada á amenazar perpetuamente las posesiones capetas de la Beauce. Tal fué su manera de agradecer los servicios que le habían prestado. El mismo hombre en 1115 detuvo por traición y aprisionó por cuatro años al conde de Nevers, Guillermo II, cuando éste volvía pacíficamente de la cruzada organizada por la Iglesia contra Tomás de Marle.

Este enemigo del rey solicitó de pronto (1135) volver á su gracia cuando la muerte de Enrique Beauclerc, su tío, le mostró la perspectiva de una brillante herencia, la sucesión del ducado de Normandía. Pero Thibaut, activo y tenaz en las cosas insignificantes, no estaba templado para las empresas importantes que exigen resoluciones enérgicas y un vasto desenvolvimiento de fuerzas. Por dos veces (1135 y 1141) dejó escapar la ocasión de hacerse dueño de Normandía; se le vió ceder, vacilar, retraerse, y finalmente dejar el puesto á un rival más osado, Godofredo *el Hermoso*, el angevino. Se había prestado Luis *el Gordo* á una reconciliación con su discol vasallo. Debilitado por la falta de salud, condenado á la inacción y deseoso ante todo de transmitir en paz su corona, designó al conde de Champaña con Raúl de Vermandois como tutores de su hijo. La historia de Luis VII demostrará que el odio de Thibaut no desapareció.

Se verá también cómo ese gran señor, muy religioso, ejemplar jefe de familia, encontró en San Bernardo un amigo sincero y un defensor convencido. Sus fundaciones piadosas, las limosnas que prodigaba, el ofrecimiento que hizo, dicen, á San Norberto de abandonar sus Estados y de encerrarse en Prémontré, explican suficientemente la consideración de que gozó cerca de la Iglesia. Los monjes con quienes fué pródigo le estuvieron reconocidos durante su vida, y después de su muerte (1152) se desbordó el entusiasmo de los autores de elogios fúnebres: «Ha muerto el conde Thibaut, grande por el honor, poderoso por las armas, ilustre por el nacimiento, de espíritu sabio, de palabra clara y hermosa faz. Humilde con los humildes, altivo con los soberbios, duro para los malos, alegría de los pobres, prodigó á los monjes y á los desgraciados socorros, regalos, iglesias, casas.» Abelardo, á quien el conde Champaña había protegido, compuso contra él estos sangrientos versos: «Thibaut da mucho á los religiosos: cuanto más roba, más dinero robado tiene para distribuir. Mejor sería que no robase y que no diese nada.»

Centralizados ó no esos Estados señoriales de la Francia del Norte, no aparecen tan aislados como en otro tiempo. Sus soberanos tienen ya una «política exterior,» negocian con sus vecinos, celebran con ellos entrevistas, firman tratados. Particularmente, las dominaciones capeta, normanda, flamenca, angevina, champañesa, constituyen una especie de Europa minúscula en que cada Estado tiene un fin particular y persigue sus beneficios, así por la guerra como por la intriga, en que los sistemas de alianzas se equilibran ó se hacen y deshacen las coaliciones con singular facilidad. Anjou, que tiene por objetivo la anexión del Maine y bien pronto de la Normandía, oscila, según las necesidades de su política, entre la monarquía de París y la de Londres. La casa de Blois, enconada contra el Capeto, se alía, para destruirle, á Inglaterra y á todos los enemigos de los reyes de Francia. Por momentos Flandes, Anjou y la Francia capeta se confederan á su vez para sostener contra el rey de Inglaterra un pretendiente al ducado de Normandía. ¡Mezcla confusa de intereses y de apetitos en que los altos soberanos de los grupos feudales adquieren el hábito de conocerse los unos á los otros, de regular la guerra y de pedir á la diplomacia lo que en otro tiempo ya pasado sólo se pedía á la fuerza!

La Francia del Mediodía, la de los aquitanos y de los languiedocianos, permanece casi siempre extraña á lo que acontece en las márgenes del Loira y del Sena. Orientada hacia España, hacia el Mediterráneo, hacia las colonias sirias, continúa viviendo su vida propia y formando una nación aparte.

#### VI.—Las dinastías señoriales del Mediodía (1)

Los duques de Aquitania y los duques de Tolosa tenían por vasallos jefes de grupos ó de Estados importantes. Un feudalismo de tal categoría no debía dejarse

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Sachse, *Ueber das Leben und die Lieder des troubadours Wilhelm IX, Graf von Poitou*, 1882. L. Palustre, *Histoire de Guillaume IX*, en las «Mémoires de la Société des Antiquaires de l'Ouest,» 1880, incompleta.

reducir tan fácilmente como los castellanos de Anjou ó de Flandes.

La unificación del ducado de Aquitania no comenzará hasta el día en que la monarquía inglesa de los Plantagenets se establezca allí y marque allí su ruda huella. De igual modo no se realizará la unidad en Langüedoc hasta que la guerra de los albigenses haya diezmado la nobleza y permitido poner en Tolosa un príncipe capeto á quien siga desde luego el rey de Francia en persona. Ha sido preciso para estos dos países que la fuerza política venga del Norte y del extranjero.

Desde mediados del siglo XI se habían los condes de Tolosa anexionado la Provenza y dominaban desde el Garona á los Alpes. Pero la defectuosa constitución de su Estado, esa ley de sucesión que exigía, como se ha visto, la división del feudo (2), impedía gobernarlo con el vigor y la constancia más necesarios en Langüedoc que en parte alguna. A esta primera causa de inferioridad se añadían otras adversas circunstancias. Mal obedidos por sus grandes vasallos, los condes de la casa de Saint-Gilles no eran tampoco más dueños de la burguesía. Su autoridad se detiene ante las murallas de las viejas ciudades en que el espíritu de independencia municipal databa de antes de la Edad media. El carácter de la propiedad alodial más que feudal, la existencia de una aristocrática burguesía, apenas separada de la caballería y de la nobleza por un límite difícil de señalar, el desenvolvimiento del comercio y de la industria, el papel de los provenzales y de los languiedocianos en la cruzada, la vecindad contagiosa de las comunidades de Italia, todo sobreexcitó entre los habitantes de las ciudades de Langüedoc el espíritu de libertad y de insubordinación. Los poderes consulares comenzaban á surgir. Impotentes ante el feudalismo, los condes de Tolosa no tuvieron tampoco el recurso de poseer ciudades y explotarlas en su provecho.

Las dificultades exteriores complicaron y empeoraron esta situación.

La familia de Saint-Gilles no se conservó en posesión pacífica del título de soberana. Se lo disputaron los condes de Barcelona en Provenza, los duques de Aquitania en Tolosa y en todo el resto del señorío. Le fué preciso luchar sin descanso contra estos temibles vecinos. Del lado de los Pirineos el peligro era menor, el ataque menos vivo; los condes de Tolosa habrán de abandonar el campo á mediados del siglo XII para ceder á los catalanes la mitad del marquesado de Provenza. Pero no hay transacción posible con la Aquitania que pretende el Langüedoc entero, incluso su capital. En 1098 el duque de Aquitania, Guillermo IX, entra en Tolosa y permanece allí tres años. En 1114 la recobra y esta vez la conserva más de seis años, mientras

(2) En 1079 se procedió á un arreglo de partición entre el conde Guillermo IV y su hermano Raimundo de Saint-Gilles. Después de un período de unidad (1093-1107) se efectuó una nueva partición entre otros dos hermanos, Beltrán y Alfonso Jourdain, y poco más ó menos sobre las mismas bases. Todo el señorío se concentró poco después en las manos de un poseedor único, Alfonso Jourdain (1112-1148). A la muerte de este alto barón sus dos hijos Raimundo y Alfonso II, en lugar de repartirse el dominio y los títulos señoriales, tuvieron la idea de ejercer el poder pro indiviso. Los dos se titularon «Conde de Tolosa, Duque de Narbona y Marqués de Provenza,» sistema político que estuvo en práctica más de cuarenta años, hasta 1167.

su adversario vivía desterrado más allá del Ródano.

Para hacer frente á tantas causas de ruina no tenían los condes de Tolosa más que un recurso: mantenerse en punto fijo en su Estado y trabajar para consolidar por todos los medios una autoridad insegura. Pues bien: se lanzaron atolondradamente á la cruzada. Ninguna de vuestras dinastías feudales se preocupó tanto de Tierra Santa. Raimundo de Saint-Gilles, alistándose el primero en el concilio de Clermont, jurando no volver á poner el pie en su señorío, dió un ejemplo que produjo la admiración de sus contemporáneos, pero que se avenía mal con los verdaderos intereses de su feudo. Cuando se estableció en el condado de Trípoli, se creó un lazo permanente entre el Langüedoc y el Oriente: lo que condujo á los condes de Tolosa á desentenderse de lo que pasaba en Francia, á su alrededor, para mirar incesantemente más allá del Mediterráneo. En el espacio de menos de cincuenta años, cuatro príncipes de la familia de Saint-Gilles murieron en Siria. Parecía que los manes de esta raza hubieran impuesto á sus descendientes una tradición de que no pudieran prescindir. Los dos hijos de Raimundo, Beltrán y Alfonso Jourdain, que gobernaron sucesivamente despues de él, abandonaron uno y otro su Estado para ir á guerrear á Tierra Santa. Pons, su nieto, pasó allí su vida entera. La atracción invencible de Oriente ó de España les hacía olvidar la más apremiante de las necesidades políticas, la de permanecer en su casa, defenderse y gobernar.

Uno solo, Alfonso Jourdain, dió pruebas de actividad y de sentido político durante un reinado de más de cuarenta años (1100-1148). Llegó á reconquistar Tolosa de Guillermo IX, y más tarde á defenderla contra los ataques de Luis VII. Luchó contra el feudalismo langüedociano, sosteniendo con habilidad á los habitantes de Montpellier, hostiles á su señor, intentando, para hacer valer su derecho de soberano, unir el vizcondado de Narbona á su dominio. Era grande su autoridad en España, donde apareció muchas veces para imponer su arbitraje á los reyes cristianos en guerra. Creó, en fin, la nueva ciudad de Montaubán (1144) para oponer á las repúblicas consulares, á las antiguas ciudades que escapaban á su poder, el nuevo tipo de una burguesía moderna, privilegiada, pero directamente sometida al señorío y explotada por sus agentes. Alfonso Jourdain habría podido llegar á hacer de su feudo una verdadera soberanía si la fiebre de la cruzada no le hubiera invadido, interrumpiendo bruscamente la obra emprendida. Acababa de atacar á San Juan de Acre cuando murió (1148).

Con su generosa imprevisión, su amor á las expediciones lejanas, su desdén por la política utilitaria, esos barones tolosanos no carecían de grandeza. Débeles la Edad media agradecimiento por haberse consagrado á la causa del Papado, de la fe cristiana y del Santo Sepulcro. No podría decirse otro tanto de sus enemigos y vecinos del Oeste los duques de Aquitania, condes de Poitiers.

Su dominación feudal, vasta entre todas, se extendía en la época de la cruzada desde el Loira á los Pirineos y desde Cevenas al Atlántico. El hombre que principalmente contribuyó á fundarla, Guido Godofredo ó Guillermo VIII, conquistador enérgico y duro, tuvo un hijo que no se le pareció sino á medias, Guillermo IX, figu-

ra original. Parece como que el Norte y el Mediodía se mezclasen en él, como el Poitou estaba unido en su feudo á la Gascuña. A algunas de las sólidas condiciones de su padre, el amor al poder, la impaciencia de sus ambiciones, juntábanse en él la ligereza de espíritu, la alegría expansiva y burlona, la sensualidad y la devoción superficial del hijo del Mediodía. Fué el más antiguo trovador conocido, poeta alegre y licencioso que lo cantó todo, el amor, la guerra y hasta la cruzada.

Avisado y astuto, no obraba sino sobre seguro, por cierto sin ningún escrúpulo y con indiferencia perfecta respecto á la elección de medios. En 1106 se hallaba en la corte de Felipe I. Se le confió el encargo de devolver al conde de Anjou Folco *el Ceñudo*, su hijo menor, el hijo de la reina de Francia, Bertrada. En vez de dirigirse hacia Angers para entregar el niño á su padre, lo condujo Guillermo IX á Poitou, donde lo retuvo cautivo sin devolverlo hasta que se hizo ceder varios castillos que ambicionaba.

En el caos de los señoríos de su ducado supo este alto barón mantener un orden relativo. Los condes de Angulema, los señores de Lusignán, de Parthénai, de Châtelailon, de Blaye, de Ventadour, de Benauges, los turbulentos habitantes de Saint-Macaire experimentaron su decisión y su rudeza. Expulsó definitivamente los angevinos de Saintonge é hizo frente á los condes de Anjou.

Vasallo del rey de Francia, era con más frecuencia el amigo de los reyes de Inglaterra que de su soberano. En Guillermo *el Rojo* fué en quien pensó cuando al partir para Tierra Santa quiso confiar el cuidado de sus Estados á un protector autorizado. Cuando estalló la guerra del Vexin entre el Normando y el Capeto (1097), las fuerzas gasconas y potevinas de Guillermo IX cabalaron contra los franceses hasta Eperón.

Cuando Luis VI sucedió á Felipe I, el duque de Aquitania rehusó al nuevo rey el homenaje feudal. Lo desconoció durante cerca de veinte años. En 1126, sin embargo, habiendo el rey de Francia ido á Clermont para castigar al conde de Auvernia, perseguidor de las iglesias, Guillermo se alteró y acudió con su armada. Quería probar al Capeto que era él, el duque de Aquitania, el soberano directo de los condes de Auvernia. Mas la vista de las considerables fuerzas que rodeaban al rey de Francia le calmó instantáneamente. Se contentó con reivindicar en términos respetuosos su derecho feudal y no pudo excusarse de prestar al soberano el juramento de fidelidad. Después se fué como había venido; conociendo que arriesgaba demasiado en el juego para entrar en lucha.

Sin ser irreligioso por sistema (no era posible serlo á principios del siglo XII), se preocupaba poco del papa y de la Iglesia. Jamás cesó de estar en lucha con la autoridad eclesiástica. Si todos los soberanos feudales le hubieran imitado, habría sido difícil á la monarquía pontifical establecerse en tierra francesa. No fué en realidad favorable ni á la reforma ni á la cruzada. Cuando Urbano II va al concilio de Clermont á predicar la guerra santa, asiste Guillermo IX á la asamblea, pero no cede al entusiasmo general ni toma la cruz. Sin embargo (y quizá precisamente por esta razón), testimonia al papa una amabilidad extraordinaria, le invita á atrave-

sar sus Estados, le recibe magníficamente en Limoges, en Poitiers, en Saintes, en Burdeos. Continúa, empero, sin hacerse cruzado, y cuando Urbano II ha salido de Francia, cuando está en marcha hacia Jerusalén el gran ejército, comete aquel crimen de lesa cruzada: la invasión del condado de Tolosa.

No obstante, al final, cuando sabe Europa que está libertado el Santo Sepulcro, bajo el anatema de reprobación universal que execra lo mismo á los que han desertado que á los que no han partido, Guillermo se decide á encaminarse hacia el Oriente con la nobleza rezagada. Y como, después de todo, es bravo, pues no es enemigo de las aventuras y ambiciona alcanzar su parte de gloria, procura conducirse á lo caballero. Hace su itinerario por Alemania, Hungría, Bulgaria y penetra en Asia Menor. Pero le sorprenden los turcos, le envuelven y destruyen su armada. El cronista Godofredo de Vigeois parece indicar que debió en gran parte su fracaso á su mala conducta, á sus desórdenes con las mujeres que llevaba en su séquito. Falto de todo, continúa su camino á pie, mendigando para vivir, y llega con seis hombres á Antioquía. Guerrea allí por cuenta de Raimundo de Saint-Gilles (á quien tenía bien debida esta satisfacción) y le ayuda á sitiar Tortose: visita después Jerusalén y se embarca en Jaffa para volver á Europa. Nuevo contratiempo: le asalta una tempestad, le lanza sobre las costas de Siria y se ve forzado á desembarcar en Antioquía. Para hacerse útil, ayuda al rey de Jerusalén, Balduino, á sitiar á Ascalón. Se embarca, en fin, y vuelve en 1102 á entrar sano y salvo en su ducado. Contento de haber escapado así de la peligrosa empresa, se consuela del fracaso de esta cruzada, refiriéndolo en jocosos versos que recitaba él mismo en todas las cortes por que pasaba.

La obra de la reforma eclesiástica, que había su padre favorecido, le desagradó por las mismas razones que excitaron contra ella los recelos de un Felipe I y de un Luis *el Godo*. No sólo temió sus pasiones y su explotación fiscal de las iglesias, sino que vió claramente, como los reyes, que tendía á arrebatarle su poder en favor de los obispos para someterle á Roma. Acogió así á los agentes del Papado con visible frialdad. En 1097 hizo arrestar, se ignora por qué ni en qué circunstancia, al legado de Urbano II, el celoso reformador Amat de Olorón, nombrado arzobispo de Burdeos. Tres años después no se atrevió á impedir á los legados del papa la celebración de un concilio en Poitiers; pero cuando supo que se trataba de decretar la excomunión del rey de Francia Felipe I, su soberano, invitó á los enviados de Roma á desistir de su proyecto. Desairado, abandonó solemnemente el concilio y acaso no fué extraño á la sedición popular que produjo escándalo en la iglesia y puso en peligro la vida de los cardenales.

Defendía los mismos intereses que el rey de Francia y como él reprochaba además ese poder censorial que el papado se arrogaba sobre la vida privada de los soberanos. La suya, en verdad, daba motivo á la indignación de los clérigos. Escogió su primera mujer, Felipa de Saint-Gilles, para procurarse derechos al condado de Tolosa. Cansóse de la segunda, Hildegarda de Anjou, la dejó con cinismo y la reemplazó por la bella Maubergeón, arrebatada á su marido el vizconde de Châtellerault. Excomulgado por los legados pontificios y por

sus propios obispos, se mostró indiferente á sus anatemas; nada consiguió obligarle á volver á aceptar á su esposa legítima. Si hemos de creer las anécdotas de Guillermo de Malmesbury, respondía con chistes á los prelados que le invitaban á someterse. «Repudiaré mi vizcondesa cuando necesiten tus cabellos peine,» dijo al obispo de Angulema, Gerardo, que era calvo. Como, espada en mano, gritase al obispo de Poitiers, Pedro, que tenía enfrente: «Dame la absolución ó te mato.—Hiere,» respondió el obispo, tendiendo el cuello. Guillermo le contestó: «No, no te amo bastante para enviarte derecho al paraíso.» Y se contentó con desterrarle.

En 1119 se ve aparecer en el concilio de Reims á Hildegarda, la esposa injustamente repudiada, «que se queja en voz alta y clara, dice Orderico Vital, de la conducta de que es víctima. El papa Calixto II pregunta si está el duque en el concilio y puede justificarse. Los obispos de Aquitania responden que ha caído enfermo. El papa le concede un plazo para presentarse y reunirse de nuevo con su mujer legítima, bajo pena de anatema.» El duque empleó tanto tiempo en el camino, que no compareció jamás ante sus jueces. La amenaza no produjo resultado alguno.

Cuando murió (1127), piadosamente sepultado en su abadía de Montierneuf de Poitiers, no le quedaban á la dinastía ducal de Aquitania más que diez años de vida. Su hijo Guillermo X, que le había hecho sin éxito la guerra para castigarle por haber abandonado á su madre Hildegarda ó para anticipar el momento de la herencia, de carácter voluble y violento, de tan escasa moral como su padre (si Malmesbury no le ha calumniado), absorbido por sus obscuras querellas con el feudalismo de Saintonge y de Angoumois, no es apenas conocido sino por dos hechos que interesen á la historia general.

En 1130, con ocasión del cisma promovido por Gerardo, obispo de Angulema, osó resistir á San Bernardo y se pronunció por el antipapa Anacleto. Duró su oposición cuatro años. Fué preciso que el abad de Claraval fuese en persona á discutir con él en la famosa conferencia de Parthenai-le-Vieux, cerca de Poitiers. Se desarrolló entonces aquella escena extraordinaria que sólo el biógrafo del santo ha contado y que sería preciso ver confirmada por otros testimonios contemporáneos: el conde resistiéndose como un excomulgado, fuera de la iglesia, y Bernardo marchando detrás de él con la hostia en la mano y lanzándole este apóstrofe: «Ved aquí vuestro juez, en cuyas manos caerá un día vuestra alma. ¿Le rechazaréis también? ¿A él también le despreciaréis como habéis despreciado á sus servidores?» Según el cronista de Claraval, «el duque Guillermo, anonadado, siente que sus miembros desfallecen y cae en tierra. Levantado por los soldados de su escolta, cae de nuevo. Deslízase su saliva por la barba. Entrecortan su respiración sordos gemidos. ¡Parece un epiléptico!» El golpe de audacia ha triunfado; levanta Bernardo al conde y le da el beso de paz. El cisma de Aquitania estaba concluido.

Perdonó la Iglesia á Guillermo X y hasta compuso en su honor epitafios en que el elogio raya en hiperbólico. Es que murió realizando obra piadosa, sobre el suelo de España, durante el curso de una peregrinación á Santiago de Compostela (1137), y poco

importa que el historiador Ricardo de Poitiers, monje de Cluni, no le considere como un mártir de la fe.

Antes de ponerse en camino había el duque realizado el acto político más importante de su vida entera. Manifestando su última voluntad á sus barones, les había recomendado que casaran á su hija mayor, Alienor, con el hijo del rey de Francia Luis *el Gordo*. Por vez primera la suprema voz de un príncipe feudal llamaba á la dinastía capeta á heredar un gran señorío; prueba decisiva del progreso de la monarquía bajo Luis VI *el Victorioso*.

Tiempo es de que entre el rey en escena y de que se sepa cómo esta potencia, tan largo tiempo relegada á la sombra por el feudalismo y la Iglesia, se vió de pronto engrandecida.

## CAPÍTULO V

### EL DESPERTAR DE LA REALEZA. LUIS «EL GORDO»

I. Luis *el Gordo* y los castellanos de la Isla de Francia.—II. La acción de Luis *el Gordo* en los grandes feudos.—III. Luis *el Gordo* y la monarquía anglo-normanda.—IV. Luis *el Gordo*, su clero y su burguesía.—V. Prestigio de la realeza capeta.

#### I.—Luis «el Gordo» y los castellanos de la Isla de Francia (1)

Con Luis VI, rey de hecho después de 1100 y de derecho desde 1108 (3 de agosto), se manifiesta algo de nuevo en nuestra historia. La desproporción que existía entre la superioridad del título regio y la debilidad real del rey comienza á disminuir. Concentra la monarquía su acción en más reducido espacio, limita su papel de potencia general y hasta toma por un tiempo el aspecto de un señorío local. Pero gana en fuerza lo que pierde en extensión. Activa y despierta, alcanza por primera vez el prestigio que corresponde no sólo á la majestad de la jerarquía y á la gloria de los recuerdos, sino al valor personal, á la fuerza desplegada y á los éxitos obtenidos. Bajo Luis VI, fundador de una tradición que debía sin interrupción transmitirse á través de los siglos, comienza la evolución inmensa que acabará en los tiempos de Luis XIV.

No se posee retrato alguno de Luis *el Gordo*: ninguna de las figuras esculpidas ó pintadas á las que se ha querido poner su nombre representa el personaje. Es preciso contentarse con los pocos detalles proporcionados por las crónicas: un hombre corpulento, de alta estatura, de figura agradable, pero con ese tinte descolorido que algunos contemporáneos atribuyeron al veneno de su abuela Bertrada. A los cuarenta y seis años, su obesidad le impedía ya montar á caballo. Gran cazador, gran gastrónomo, tuvo, como su padre, una juventud muy agitada y sólo se decidió á casarse hacia los treinta y cinco años, cediendo á los reproches insistentes de los amigos de la dinastía y de los obispos. A creer á Ivo de Chartres era ya tiempo de que el matri-

(1) FUENTES.—*Historiens de France*, tomos XII y XIII, de Aug. Molinier, edición de la *Vie de Louis VI le Gros*, por Suger, 1887.

OBRAS DE CONSULTA.—Luchaire, *Louis VI le Gros, Annales de sa vie et de son règne*, 1890. Thompson, *The development of the French Monarchy under Louis VI le Gros*, 1895.

monio viniera á corregirle. Casó (1115) con Adelaida de Maurienne ó de Saboya, sobrina del papa Calixto II, mujer muy fea, que le dió nueve hijos, entre ellos seis varones. El porvenir de la dinastía estaba asegurado.

Era este rey bastante humano, muy sencillo en sus maneras, con una placidez natural y más lealtad de la que correspondía á la moral del siglo. Habiendo tenido el poder en sus manos hasta en vida de su padre, jamás lo aprovechó para rebelarse y anticipar violentamente su herencia, como lo hacían tantos príncipes feudales. Fué paciente hasta el heroísmo con su madrestra Bertrada, que hizo morir de pena á su madre después de haberla suplantado y que intentó suplantarle á él mismo para substituirle con su propio hijo. Era generoso.

Se le ha acusado de gustar demasiado del dinero: «En 1137, dice un cronista, murió el rey Luis, conocido por su codicia: dió una vuelta á París y arrabó grandes tesoros.» Atesoró, en efecto, como lo hará Felipe Augusto y quizá por la misma razón, ya que las necesidades de su política exigían gastos desproporcionados con sus recursos señoriales. Su avidez se manifestó á veces con cinismo, como en el negocio de la municipalidad de Laón. Los consejeros que le rodearon mostraron todavía menos circunspección: su venalidad era notoria. No fué este el principal vicio de su gobierno. Tuvo este soldado, sobre todo, la desgracia de no ser un político y de ceder demasiado fácilmente á las influencias de la corte. Excepto al final de su vida, no supo escoger los hombres y se confió á favoritos que su debilidad permitía obrar hasta que se veía obligado á detenerlos bruscamente. La historia de Esteban de Garlande es un curioso ejemplo de esas revoluciones palaciegas.

Simple clérigo de la iglesia de París, elevado por el favor del amo á las más altas funciones eclesiásticas y civiles á la vez, archidiácono de Nuestra Señora, canciller y senescal de Francia, acumulando además una multitud de beneficios inferiores, este personaje dominó al rey y á la monarquía durante veinte años (1108-1127). Inteligente y activo, se dedicó sobre todo admirablemente á hacer su negocio y el de su familia. Llegó á acaparar para sí mismo ó para los suyos todos los grandes cargos de la corona, á dirigir al mismo tiempo la capilla, el palacio y el ejército. No era, sin embargo, de los que se imponen por la superioridad del talento y del carácter; no poseía más que su rapacidad inmensamente osada. Ivo de Chartres le acusa de «iletrado, jugador y mujeriego.» Esto no habría bastado á desacreditarle más que las envidias y los odios provocados por su fortuna, si no hubiese tenido la desgracia de disgustar á la reina Adelaida y de entrar en lucha con el partido reformista. Atacado por una parte por la reina y por otra por San Bernardo, hecho sospechoso al rey mismo cuando pretendía hacer de su cargo de senescal un feudo hereditario transmisible al marido de una de sus sobrinas, cayó de repente víctima de un golpe de Estado (1127). Arrojado de pronto de palacio, despojado no sólo de todos sus cargos, sino también desposeído violentamente de todas sus propiedades, fué tratado como un enemigo público. Una guerra de tres años entre el rey y su antiguo favorito siguió inmediatamente

á esta catástrofe. Luis *el Gordo* fué el vencedor; pero siempre bueno, perdonó y hasta restableció á Esteban de Garlande en las funciones de canciller. No recobró éste, sin embargo, su pasada influencia. La dirección suprema de palacio había pasado á otras manos (1132).

Vióse entonces aparecer diariamente cerca del rey para decidir sobre los negocios más importantes del orden religioso y hasta del político al monje Suger, administrador de la abadía real de Saint-Denis, un advenedizo también, de humilde nacimiento, pero que no se había elevado sino por la estimación pública y la sola fuerza de su mérito. Tuvo esta vez Luis VI mano feliz. Encontró un ministro desinteresado que, sin título oficial, no trabajó sino por la monarquía. Estudiaremos más tarde esta gran figura cuando aparezca en todo su esplendor, bajo el reinado de Luis VII, y sobre todo, durante la segunda cruzada. Al final de la vida de Luis *el Gordo* no se hizo sentir la acción política de Suger, ó por lo menos no aparece indicada en la historia sino en los acontecimientos de orden secundario. Tenía por colaborador á otro consejero influyente, encargado principalmente de la dirección del ejército, Raúl I, conde de Vermandois, alto barón y primo hermano del rey. Este capeto de la rama más joven, muy bravo y muy afecto también á la dignidad real, secundó valientemente á Luis en su lucha con los enemigos de dentro y de fuera y contribuyó en mucho al éxito final. Más abajo se agrupaba alrededor del príncipe un personal de clérigos experimentados, al corriente de los asuntos judiciales y financieros, y de caballeros dispuestos siempre á alistarse bajo la bandera del amo. Desembarazada la corte capeta de los elementos feudales que la entorpecían, ofrecía, en fin, á la dinastía el instrumento de poder que hasta entonces le había faltado.

Para devolver su rango á la monarquía era preciso que el jefe de la dinastía tuviese dinero y soldados; y la primera condición para obtenerlos era aumentar el dominio, la propiedad directa del soberano. Luis *el Gordo*, siguiendo la tradición de su padre Felipe, usó de todos los procedimientos de adquisiciones territoriales. Compras, permutas, confiscaciones, conquistas, todo le pareció bueno para convertirse en el mayor propietario de la Isla de Francia. Estaba, por desgracia, esta tierra del rey erizada de fortalezas pertenecientes á rapaces castellanos, señores independientes de hecho, que los capetos del siglo XI habían dejado arraigar. Quemar y asolar los torreones, redimir las ciudades y las abadías, restablecer las comunicaciones entre los prebostazgos del dominio, dispersar los ladrones, permitir, en fin, al campesino labrar, orar al monje, circular en paz por los caminos del país al comerciante y al peregrino: tal fué la empresa de saneamiento y alta policía que realizó Luis *el Gordo*. He aquí su obra maestra, la que le hizo popular y de la que le corresponde todo el honor, tarea tanto más ruda cuanto que los tiranuelos de la Isla de Francia jamás se batieron solos. Tuvieron la audacia de hacer causa común con los grandes señores y los reyes más hostiles á los capetos. Algunos de ellos fueron adversarios peligrosos; basta citar á Hugo del Puiset y Tomás de Marle.

Descendía el primero de una estirpe feudal que contaba entre sus altos hechos la bochornosa derrota infi-

gida á Felipe I y el aprisionamiento de Ivo de Chartres. Situado en las ricas planicies de la Beauce, «devoraba, según la enérgica expresión de Suger, todas las tierras eclesiásticas del país» y se burlaba de las comuniones. Cuando, en 1111, las víctimas de esos bandoleros se reunieron en Melún para implorar la justicia del rey, el conde de Chartres, el arzobispo de Sens, el abad de Saint-Denis, el arzobispo de Chartres, el obispo de Orleans, los abates de Fleuri, de Saint-Aignan, de Saint-Père de Chartres, de Saint-Jean-en-Vallée, comparecieron entre los agraviados. Pero sólo los poderosos se atrevieron á quejarse: la multitud de los oprimidos humildes sufría en silencio. Tres veces fué sitiado el castillo del Puiset, tomado y quemado por las tropas reales. Hugo, puesto á peregón, despojado solemnemente de sus posesiones, hasta encarcelado en la torre de Château-Landon, no se dió jamás por vencido. Puesto en libertad bajo juramento, levantó de nuevo este bandido cínico y despreciable sus torreones; concertó alianza con los enemigos del rey y recomenzó sus hazañas de malhechor. Suger le comparó «á un perro rabioso á quien los golpes y la cadena exasperan y que muere y desgarrá cada vez con más rabia á cuantos tienen la desgracia de encontrarle.» Batido por última vez en 1118, tuvo el placer, antes de sucumbir, de traspasar de una lanzada á un favorito de Luis *el Gordo*, el senescal Anseau de Garlande, cuya pérdida lloró mucho tiempo el rey. Como tantos otros criminales de aquel tiempo, acabó por encontrar la muerte en un viaje á Tierra Santa, donde buscaba la absolución.

Hugo del Puiset es el tipo del barón devastador: Tomás de Marle personifica los excesos más odiosos del régimen feudal, verdadera fiera cuya refinada crueldad asombró á sus contemporáneos. Guiberto de Nogent habla con espanto de su ingenio para inventar nuevos suplicios y del placer con que atormentaba á los indefensos, al labrador sin armas, ó al cautivo encadenado. «No es posible imaginarse el número de los que hizo morir de hambre en sus prisiones, los que sucumbieron á los tormentos ó la podredumbre; era el terror de todos sus vecinos y de su propio padre, Enguerrán de Couci, con el que no cesó de sostener guerra. Proporcionó asilo á los burgueses de Laón que habían dado muerte á su obispo, é hizo ahorcar á su propio pariente el archidiácono de Laón, Gautier. Los tribunales de los arzobispos, de los obispos, de los abades, los concilios provinciales y generales y el tribunal del rey le lanzaron innumerables anatemas. Todos los domingos era excomulgado en todas las parroquias del país. Inaccesible en el fondo de sus castillos protegidos por espesas selvas, se burló de clérigos y laicos durante cerca de treinta años.

En 1114 fué preciso que el legado del papa, Conón, obispo de Préneste, organizase contra él una verdadera cruzada con promesa de indulgencia ó de absolución para todos los que tomaran parte en ella. Luis *el Gordo* se puso con su acostumbrada energía en campaña; pero los señores, menos entusiastas, no le enviaron sino insignificantes refuerzos. Debió, pues, operar principalmente con las milicias parroquiales que mandaban los obispos y los curas. Despojado de dos de sus castillos, fué obligado á indemnizar al rey y á las iglesias, castigo bien suave para un bandido tantas veces condenado.